7-11 años

serie El gallo pelón

COLECCIÓN Caminos del SUR

Hugo Colmenares

Ilustrado por Néstor Melani

El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas

31 cuentos y un músico maravilloso

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

© Hugo Colmenares
© Fundación Editorial El Perro y La Rana, 2012

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, Piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (58-0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.minCultura.gob.ve/mppc/

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
© Néstor Melani

Edición
Yanuva León

Corrección:
Francisco Romero

Diagramación
Raylú Rangel

Impresión: 2015
Hecho el depósito de ley
Depósito legal: LF402201480003125
ISBN: 978-980-14-2397-3

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura
PuebloVictorioso

Hugo Colmenares

El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas

31 cuentos y un músico maravilloso

Ilustrado por Néstor Melani

PRESENTACIÓN

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS, DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA. ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

LOS SIETE MARES es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

A la bendita memoria de mis padres:
Argimiro de Jesús Colmenares Rosales
y María Inés Urbina Ramírez.
Quienes descansan al pie de los páramos,
ante el espejo encantado de las lagunas.
Ellos se quedaron en esa luz de La Grita.
Yo sigo errante por caminos de mi añoranza.

Un libro-caleidoscopio

Es Venezuela una enorme marmita en perpetua ebullición, aquí se combinan los hervores de sabores ancestrales junto a los que se les han ido incorporando con el paso del tiempo. No nos da miedo enfrentarnos a todas nuestras realidades con todos sus ribetes, sus filos, sus esquinas; se celebran los cuentos de camino, así vengan narizones y sombrerudos, las advertencias que se canturrean bajito en las bocas de los abuelos y anuncian peligros de mujeres emplumadas en noches oscuras, el vértigo que abre en las barrigas el estrépito de voces que no parecen de este mundo, creemos en los conjuros que truecan animales en cosas, cosas en gente, gente en vegetales, vegetales en sonidos, sonidos en luces.

Esa energía de sortilegio bulle en las páginas de *El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas*, una historia que está confeccionada de retazos,

un cuento largo cuyas partes respiran solas, y brincan, y dan vueltas alocadamente sin cabeza que las dirija, porque no se deja definir con rigor, es novela si usted quiere, o secuencia de cuentos si le place más y por ese mismo principio de rebelde picardía se deja leer por donde sea embestido, por la cola incluso si es que por allí fuese atrapado este libro-caleidoscopio.

De entrada, se presenta un bombardino hechizado y un tipo de apellido Cebollas, el título es, pues, la promesa de un asunto para abrir ojos y boca en una misma "O". Luego uno va al grano, se zambulle, aunque se presientan cosas, atraviesa el umbral y de ahí para adelante –que en este caso también pudiera ser atrás– estamos en otra anchura, estamos nada más y nada menos que en San Reinaldo de las Moras.

Los nombres de los personajes nos seducen por su fuerte carga poética, construidos a partir de elementos que están en nuestra cotidianidad, pero que adquieren nuevos matices y colores cuando se usan para designar personas: Emiliano Cebollas, Arcángel Trompo Rosales, Emérita Golondrina, Fermín del Arpa, Gualberto Cerezas, Leonor Libro, Miguel Perejil, son ejemplo de cómo se puede dar vuelta al sentido de las cosas para hallarles nuevas esquinas, nuevos ritmos.

Cada capítulo-cuento suma situaciones que en conjunto desentrañan la madeja de hilo que es la vida del protagonista. Suspenso, sorpresa, ternura y aventura son la esencia de

esta obra maravillosa que nos recuerda en cada página que pertenecemos a una tierra donde fantasía y realidad conviven armónicamente.

Desde la llegada de los españoles, se ha concebido a América como el territorio donde se encuentran seres fantásticos, donde se dan, por tanto, acontecimientos que rompen el orden de lo que es normal para otras culturas. Un interesante bestiario surgió en los cuadernos de viaje de los europeos a su paso por latitudes americanas: sirenas espeluznantes surcaban los ríos que desembocaban en el mar Caribe, aves con cualidades premonitorias, felinos que se convertían en hombres, insectos gigantescos y serpientes que anidaban en el vientre de las mujeres son apenas algunos ejemplos.

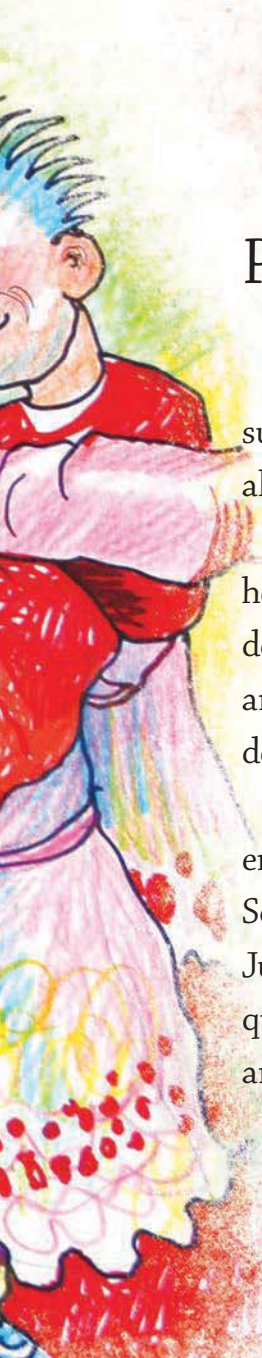
El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas se incorpora alegremente al caudal de libros que se nutren del encanto de nuestras cotidianidades fantásticas. Queda en manos del lector un aparato que se eleva y se sumerge; pero tenga la certeza de que nunca lo dejará caer.

Yanuva León

Néstor Melani Orozco

Emiliano Cebollas y su bombardino hechizado

EL VIEJO Emiliano Cebollas ejecutaba con emoción el bombardino hechizado. De allí brotaban monedas de oro, juguetes, tranquilizaba tempestades y recobraba la prosperidad en la casa de unos ancianos enamorados. La música traía el resplandor. Un bibliotecario fallecido hacía años, siendo fantasma, ejecutó el instrumento. Un poeta renombrado que se transformó en gato, celebró una fiesta con el bombardino. Era tal el poder musical, que se podían desentrañar maleficios de un malabarista y mago, que huyó por un amor no correspondido. Cuentos con la vida de Emiliano Cebollas, quien fue orgullo en el lejano pueblo de la montaña, denominado San Reinaldo de las Moras.



Personajes y lugares de San Reinaldo de las Moras

En verdad no es importante tener a la mano la lista de figurantes que vivieron en su tiempo en San Reinaldo de las Moras. Un lejano pueblo de las montañas, donde al decir del mismo Emiliano Cebollas, las aguas del mar llegaban por Aguadía.

Desde aquel sábado por la tarde, cuando desapareció para siempre el bombardino hechizado, se han dicho muchas historias. Casi siempre, la mayoría de esas voces vienen de boca en boca. No se sabe dónde están las verdades, las mentiras y las fantasías de los ambiciosos, que desean comer hasta carne de gato podrido con tal de tener los secretos del bombardino, que funciona como si fuera la Gallinita de los Huevos de Oro.

Hay quienes aseguran que Emiliano Cebollas nunca existió. Que ese nombre, en la realidad, le corresponde a don Justiniano Santo Domingo y a su esposa Estrella Soledad Caricuena, quienes vivían, ya muy abuelos, en San Nicolás de la Lejanía. Justiniano era compositor de valses, pasodobles, marchas militares y boleros. Ella era quien preparaba los mejores pasteles de arroz con queso y pasas, que solicitaban con ansiedad los dioses.

Dejo constancia de algunos nombres y lugares, por si acaso algunos visitantes a estas páginas logran viajar en un largo recorrido en autobús, con más de doce horas agotadoras en carreteras y descubrir la verdad en San Reinaldo de las Moras.

En notas que encontré en el amarillento libro *Crónicas musicales de Santa Catalina de los Vientos*, Ediciones Oscuras de la Cofradía del Mutuo Afecto, 1952, el periodista Amalio Lentejas, reconocido memorialista, asegura que lo mejor "es dejar de ese tamaño esos cuentos del bombardino hechizado, con sus medias mentiras y medias verdades fantasmagóricas. Porque a quienes encuentren el bombardino y no conozcan las claves secretas de la magia, les caerán sobre las costillas, mil años de telaraña".

Y lo que más llama la atención, cuando se visita San Reinaldo de las Moras, es que nadie sabe dónde estuvo ubicado el Gran Salón del Sol, la Cámara de los Serafines, el Palacio Piedras Blancas de la biblioteca, donde vivió el fantasma de un latinista, de nombre Fernando Castillejo. De esa geografía se borró la casona Luna Vieja, donde en la sopa aparecían animales muertos. Debajo debe estar oculto el bombardino bañado con oro.

Personajes

Amalia Panza:	Vecina experta en la venta de reliquias preciosas.
Antonio de los Altos:	Poeta y carpintero.
Aparicio Bonete:	Vecino dueño de caballos y carruajes.
Arcángel Trompo Rosales:	Maestro de música y ejecutante del bombardino.
Atanasio Arroyo:	Dueño de la farmacia La Cometa.
Bartolomeu:	Esposo de Eulalia y dueño de Luna Vieja.
Benedicto:	Vendedor de telas.
Carlota Cantos:	Esposa del músico Emiliano Cebollas.
Cipriano de la Jota:	Secretario de una sociedad secreta.
Digna de los Duques:	Telegrafista.
Elisa Reina:	Poeta que descubre encantos en el jardín.
Emérita Golondrina:	La tatarabuela curiosa.
Emiliano Cebollas:	Ejecutante maravilloso del bombardino.
Erasmo Álamo:	Vecino y guitarrista.

Esteban Santa Rosa:	El alcalde.
Eulalia:	Esposa de Bartolomeu.
Fermín del Arpa:	Cronista y poeta.
Fernando Castillejo:	Profesor de latín convertido en fantasma.
Gualberto Cerezas:	Barbero de las tijeras mágicas.
Heriberto Cristales:	Director musical.
Inocencio Flores:	Mago de malos sentimientos: Boca de Lobo.
Jerónimo Amargos:	Egoísta, ambicioso, solo soñaba con el oro.
Joaquín Barriga del Tueno:	Músico.
Laurence:	Italiano y el primer dueño del bombardino.
Leonor Libro:	Vecina y vendedora de juguetes de madera.
Malena:	La quiromántica.
Manuel:	Jefe de la policía.
Marcelino Montalbán:	Poeta con grandes premios y mago.

Marcial Volcanes:	Dueño de una venta de loterías.
Marta:	Esposa de Miguel Perejil.
Martina:	Vendedora de pasteles de carne de gato.
Mercedes Tejero:	Escritora.
Mercedes:	Tatarabuela.
Miguel Perejil:	Dueño de la zapatería Los Remiendos del Gigante.
Noé:	Elegido por Dios para sobrevivir al Diluvio Universal y amigo de Emiliano Cebollas.
Oliva:	Vecina que cura el mal de ojo.
Pelayo:	Vecino.
Rogelio:	El sastre.
Simona Rosales:	Nieta de Bartolomeu y Eulalia.
Tomás Cuajar:	Vecino y albañil.

Lugares y referencias

Banda Los Murciélagos Verdes.
Biblioteca Palacio Piedras Blancas.
Cámara de los Serafines.
Casa Andrés Bello.
Circo Luces de Bagdad.
Don Luis de los Leones.
El Alacrán Presumido - Semanario.
Farmacia La Cometa.
Gran Salón del Sol.
Mansión Luna Vieja.
Montaña del Indio.
Plaza de los Poetas.
Posada Marcelina Pregonero.
San Reinaldo de las Moras.
Sociedad Secreta Medieval de la Alquimia.
Zapatería Los Remiendos del Gigante.

Diez Mandamientos de Emiliano Cebollas

El miércoles a las diez, el patio de la Casa Andrés Bello reúne a los poetas. Invitaban a Emiliano Cebollas, en esas imágenes de la poesía. El músico daba a conocer las claves secretas para que la ejecución del bombardino tuviera efectos mágicos.

La escritora Mercedes Tejero, quien dice ser de este reino terrenal, en verdad vive a sus anchas entre los fantasmas; preguntó a Emiliano Cebollas cuál era su decálogo, sus mandamientos o abecedario, para embrujar con los sonidos.

El ejecutante sacó de una mochila, entre manzanas y naranjas, un papel amarillento con manchas de zumo de moras, mantequilla y azúcar horneada. Un papel que tiene como cincuenta años de escrito con tinta verde y que casi ya no se deja leer. Ahí están anotados los diez mandamientos del encantador y sospechoso de andar en el mercado abriendo las puertas metálicas de las jaulas, para que los pájaros huyan.

Abecedario de los Diez Mandamientos

AMARÁS la música como a todos los sonidos del agua, el arco iris y las flores.
BUSCARÁS en las noches, la música y poesía de los fantasmas en los tejados.
CONSTRUIRÁS palacios, embarcaciones y cometas para llevar a las escuelas.
DIRÁS siempre la verdad y traerás los encantos con la música del bombardino.
ESCUCHARÁS a los pájaros en los sueños y la música de los árboles y las nubes.
FABRICARÁS los bombardinos con papel de oro en las noches de lluvia y luna.
GANARÁS el pan y la sabiduría haciendo el bien en la aldea de las metáforas.
HUIRÁS de los ruines, de quienes no creen en la fantasía y el juego de las vocales.
INSCRIBIRÁS a los fantasmas en escuelas que enseñen cantares del Creador.
JUGARÁS en las casas de los mendigos, en globos y cuadernos de la música.

Al mediodía, Mercedes Tejero despedía al músico Emiliano Cebollas. Las abejas estaban en el jardín. Las poetas llevaban en sus cuadernos metáforas que evocaban la infancia, otros, decálogos. La poeta evocó el día, cuando las sombras bajaban por los ríos y ella descubría en las aguas de las montañas a un niño poeta.

Oferta de empleo para un músico

El alcalde Esteban Santa Rosa ofreció en los días de elecciones fundar la banda musical para alegrar los domingos por la tarde, que son aburridos en San Reinaldo de las Moras. El viejo Esteban Santa Rosa ordenó publicar un aviso de prensa en la capital, donde se anunciara la oferta de empleo para un virtuoso del bombardino, que tuviera además habilidades como fabricante de caramelos, malabarista, diera clases de canto, matemáticas y supiera conducir la antigua locomotora alemana que permanecía detenida, desde hacía varios años, frente al edificio del teatro.

—Un hombre de esas cualidades es muy difícil que llegue –comentaban los vecinos para arruinar los sueños de don Esteban Santa Rosa.

—Ese anuncio es un engaño y el alcalde tendrá argumentos para decir que él cumplió con el procedimiento de convocar al mejor músico –comentaban las maestras, comerciantes, monaguillos, camioneros y otros.

Dos semanas más tarde apareció el señorial Emiliano Cebollas, gran maestro del bombardino, quien conducía un antiguo camión para llevar ganado, flores, músicos, pasajeros y fantasmas.

—El trabajo es suyo y tendrá buena paga –dijo complacido don Esteban Santa Rosa.

Llegaron los días de ensayos con los músicos nativos de San Reinaldo de las Moras. La banda se escuchaba con tanta emoción, que todo el mundo se iba a oír esa música maravillosa y dejaba sus oficios a medio hacer.

La noche de la gala musical, Emiliano Cebollas ya era el director y ejecutó unas dos piezas. Cuando la gente bailaba con más entusiasmo comenzaron a brotar del bombardino juguetes de madera, golosinas, serpentinas, caballitos de mar, sirenas, sombreros de mago y todo el mundo recogía esos objetos, como si fueran lanzados por una reina desde una carroza.

Don Esteban Santa Rosa ya no era aquel viejo de sombrero largo, sino que saltaba como un niño. Trepó por el brazo de Emiliano Cebollas y se alojó dentro del bombardino, donde se convirtió en un gracioso y genial imitador del Gato con Botas.

Vendo un bombardino antiguo

En el semanario *El Alacrán Presumido*, en la sección de avisos clasificados, apareció el anuncio de venta de un bombardino. El dueño del instrumento era un inmigrante italiano: Laurence. Estaba dispuesto a ceder el instrumento, incluso a cambio de dos palomas mensajeras.

Emiliano Cebollas fue a visitar a Laurence. Luego de muchos regateos le compró el instrumento, pese a que estaba descuidado. Al parecer, dentro tenía un nido de pájaros y una guarida de ratones mal almorzados.

En esos días se comentaba en voz baja que Emiliano Cebollas descubrió los poderes mágicos del bombardino. Compró cien palomas mensajeras y se las regaló al viejo Laurence, para que pudiera enviar cartas familiares y de amores hasta Roma. El italiano Laurence no quería gastarse un centavo en sellos postales, porque le hacían falta las monedas para el desayuno en la posada Marcelina Pregonero.

La noche que Emiliano Cebollas ejecutó el bombardino, luego de seis meses de un laborioso trabajo de recuperación, vio salir del instrumento objetos maravillosos. Todos los días caían objetos deslumbrantes de uno de los pistones.

Cuando Emiliano Cebollas falleció, dicen que su viuda, doña Carlota Cantos, guardó el bombardino de inmediato. Con sinceridad sea todo dicho. Ella no recuerda en qué lugar dejó oculto ese maravilloso instrumento musical.

Otros creen que los vecinos estaban atentos a un descuido de la viuda.

Un libro maravilloso

Jerónimo Amargos siempre se quejaba porque su vida no le traía ventajas y algo malo le sucedía, sin poder corregir esos entuertos. La realidad es que este chico nunca dijo que él mismo y nadie más era la mata de la envidia hacia todo el mundo. Nunca le gustaba compartir el pan con sus amigos, ni los juguetes.

Tampoco era generoso con sus monedas, no compartía la merienda con otros en el colegio, el cine y los paseos a la playa o a la Montaña del Indio.

En algún lugar a donde no llega nadie, muy envuelto, muy escondido y amarrado con cintas doradas, Jerónimo Amargos encontró la gran maravilla de todos los tiempos: un voluminoso libro intitulado *Manual práctico de magia, cenizas hechizadas y otras habilidades para los encantadores*, de un autor desconocido en estos tiempos, como es el Gran Maestro Cipriano de la Jota, primer secretario de la Cámara de los Serafines.

Miró hacia todas partes para asegurarse de que nadie lo observaba. Se llevó el libro de la casa de su tatarabuela Mercedes. Se dedicó a estudiar recomendaciones,

donde podía convertir un trozo de pan en un canario, unas monedas de plata en mil de oro y una olla con sopa de vegetales y patas de cerdo flacuchento, en exquisito pastel con uvas y melocotones.

Lo que no sabía Jerónimo Amargos es que esos actos del asombro tienen su hora. En su momento se deben pronunciar las oraciones mágicas, sin quitar ni poner una palabra. Mezclar las esencias de flores, en la proporción indicada. Cumplir con otros requisitos rigurosos. A manera de no ser avaro, ni mezquino.

—¿En qué andas con esas velas, en ese cuarto oscuro? –preguntó Emérita Golondrina, la tía abuela de Jerónimo Amargos.

—Tranquila, tía, que estoy estudiando la vida privada de los piojos...

—Déjate de locuras, que con esas velas puedes provocar un susto grande con esas sábanas y objetos viejos que hay en el cuarto –respondió la anciana Emérita Golondrina.

Jerónimo Amargos se aplicó en la lección 55 del capítulo XIII del *Manual práctico de magia, cenizas hechizadas y otras habilidades para los encantadores*. En esa semana aprendió a convertir la cama en un hermoso carruaje, llevado por bueyes durante las noches.

En sus sueños navegaba por mares encantados. Veía grandes peces que vomitaban fuego delante de gaviotas y embarcaciones. Era el resultado de haber estudiado las lecciones de la obra antes indicada.

Nestor Melani

Las tijeras mágicas de Gualberto Cerezas

El más añoso y celebrado barbero en San Reinaldo de las Moras fue don Gualberto Cerezas, quien debía abrir su local de barbería a las cinco de la mañana, para cortar cabellos y expandir perfumes de rosas en el cuello de sus acostumbrados y fieles parroquianos de muchos años. La inseparable clientela hacía filas, aunque lloviera, para que le cortaran el pelo, engalanaran la barba y pasaran la navaja por el cuello, cachetes y mentón. Preferiblemente, antes de que saliera el sol.

Las mujeres también iban a que les adornaran sus caprichosas cabelleras, en donde colocaban figuras de colibríes, delfines y flores salvajes.

—Don Gualberto Cerezas... es un gran personaje –reafirmó con tono de admiración Leonor Libro, una de sus vecinas.

—Ya el pobre no tiene la vista buena y las manos le tiemblan, como papel de arroz en el viento –agregó comprensiva Amalia Panza, quien esperaba el turno para embellecerse.

Todos los vecinos y mirones rascapulgas del pueblo San Reinaldo de las Moras, fingían una admiración y un discreto distanciamiento sobre el barbero. Aunque todos

querían meterse en su casa, conocer sus ambicionados secretos y robar sus conocimientos de alquimia.

—El viejo no tiene enemigos –comentó Tomás Cuajar, el albañil.

Mientras unos gatos iban y otros venían con aire de misterio. En esas calles todos hacían carrera para especializarse en llamar la atención de su amistad con el barbero, a quien estaban dispuestos a limpiarle el sombrero y quitar hasta el polvo de los zapatos rotos por el descuido y la avaricia.

—Tan maravilloso oficio de la barbería hace usted, ¿dónde lo aprendió, don Gualberto Cerezas? –preguntaba siempre Jacinto.

Aunque su interrogante lo llevara a no pegar un ojo, durante toda la noche. Porque él, a la calladita, quería sustituirlo como el gran peluquero y dominar los poderes mágicos con esas tijeras, que en apariencia no tienen filo y dan la impresión de estar harto oxidadas. Unos tras otros tenían sus miradas enfiladas a la barbería, creyendo los de aquí y los de allá que nadie se delataba en sus interesadas actitudes.

—Dicen que tiene unos libros de magia escondidos –respondían otros que presumían de estar más atentos a los secretos del barbero.

—Se cree que esas piedras, enterradas a medio canto y como adornos en el patio de la casona de don Gualberto Cerezas eran unos ladrones, quienes lo iban a

desvalijar. Allí quedaron inmóviles los manilargos y para siempre –señalaban otros memoriosos que se creían cronistas de una vida oculta.

En San Reinaldo de las Moras los que más se apuraban en llegar a la barbería se traían el desayuno en sus loncheras. No importa si esperaban unas doce horas seguidas por el turno. Los comerciantes, predicadores y otros buscadores de fortuna eran los primeros en ocupar lugares para estar bajo las tijeras del anciano barbero.

El abuelo ya daba señas de quedarse dormido y no tener ganas de seguir en este trabajo, que le causaba dolor en las piernas, por permanecer de pie todo el día.

—Nadie debe saber, ni siquiera el más aguafiestas, que aquí en San Reinaldo de las Moras tenemos las tijeras mágicas... –decían los vecinos que aparentaban ser los más leales y agradecidos.

—Quien revele el secreto inmediatamente debe morir apedreado por haber traicionado un juramento –afirmaban las sociedades secretas, que se reunían una vez a la semana, para apuntar los prodigios de don Gualberto Cerezas y su oficio con las tijeras hechizadas.

—Si alguien abandona a don Gualberto Cerezas y le roban las tijeras debe ser juzgado y condenado a la pena capital, sin misericordia que nos conmueva –afirmaban los de más allá, los de más acá y quienes en verdad solamente le tenían envidia.

La serpiente en el bombardino

La tarde del primer ensayo con el profesor Arcángel Trompo Rosales, todos estaban emocionados, dispuestos a no parpadear. Solo Emiliano Cebollas estaba inquieto, porque él veía cuando el bombardino, que estaba al otro lado de la sala, se movía como si una mano invisible jugara con el instrumento.

—El sonido del bombardino es muy agradable... algunos estudiosos le dicen tuba menor o eufonio... –decía el maestro de música muy complacido, porque hoy era el primer ensayo con la banda los Murciélagos Verdes.

De pronto se escuchó un ruido. El bombardino cayó al suelo y rodó como si la mano de un imprudente hubiese hecho un daño. El profesor Arcángel Trompo Rosales y Emiliano Cebollas corrieron a recoger el instrumento.

Se apagaron las luces de la sala y todo quedó a oscuras. Sin que nadie pudiera imaginar vieron que por la boquilla del bombardino salía una serpiente. En la medida en que su cuerpo brotaba, se inflaba como si fuera un sapo gigante que podía estallar al rozar con la mesa, los pupitres o la ventana. Un olor a plumas quemadas se sintió por todas partes. Todos los alumnos de la banda se quedaron paralizados del miedo.

—Vamos a salir del salón –dijo nervioso el profesor Arcángel Trompo Rosales.

Emiliano Cebollas intentó dar una patada a la cabeza de la culebra y ella la evadió en menos de un segundo. La serpiente salió por una ventana y al estar en el viento y la claridad, en un santiamén se convirtió en gallina voladora y huyó. El instrumento se quedó en el suelo convertido en un revoltijo de hierros oxidados.

Los alumnos y el profesor acordaron suspender el ensayo. Se fueron a la dirección de la escuela de música, a contar la historia de la serpiente que salió del bombardino. Regresaron al aula la tarde del jueves. Días más tarde, el profesor Arcángel Trompo Rosales, boquiabierto, comprobó que el bombardino estaba en su lugar y resplandecía como si tuviera un baño de oro. Parecía que nada malo hubiese sucedido. Secretamente, Emiliano Cebollas sí recuerda que él no se aprendió las palabras mágicas.

Luna de miel de Emiliano y Carlota

Esa noche del concierto, Emiliano Cebollas quería que su novia Carlota Cantos viniera a verlo ejecutar el bombardino. Carlota Cantos se acomodó en una silla de primera fila. Emiliano Cebollas resoplaba el instrumento y sentía que estaba desafinado. Habló con el maestro Arcángel Trompo Rosales y él le dijo que no había ningún problema, que el desconcentrado era él y que dejara el nerviosismo. Comenzó el programa con un vals y Emiliano Cebollas estaba más atento a su novia que al pentagrama.

—Emiliano Cebollas... quiero que te aplaudan... vas a improvisar en el jazz... –le dijo el director y comenzó la *Marcha de las Estrellas*.

Emiliano Cebollas se colocó al lado del director Heriberto Cristales y cuando ejecutaba el bombardino con más inspiración le llegó un aire perfumado, sentía que Carlota Cantos bailaba a su alrededor y que una nube los elevaba.

El público aplaudía con entusiasmo. El director pidió que se repitiera el aire musical. La marcha se ejecutó con tanto brío que el maestro Arcángel Trompo Rosales trajo a Emiliano Cebollas para que volviera a recibir el beneplácito del público. Carlota Cantos se adelantó y le regaló a su novio un clavel.

Así de maravillosa fue esa noche que la plaza quedó a oscuras. Solo alrededor del clavel había una lucecita... Emiliano Cebollas escuchó al director, quien le pidió que volviera a interpretar el instrumento de viento.

Es posible que todos allí estuviesen hipnotizados. Cuando Emiliano Cebollas y Carlota Cantos se abrazaron, se aferraron fuertemente al bombardino. Hubo de inmediato un resplandor de fuegos artificiales.

El instrumento se convirtió en un globo de papel y los novios, sin pensarlo mucho, se elevaron en una noche de muchas estrellas. Se fueron en busca de lunas, pan y miel.

Meses más tarde la banda ofreció conciertos nuevamente. Entre atriles, pentagramas, músicos y aplausos gateaban niños traídos del viaje en globo. Los enamorados no olvidarían al bombardino cuando se convirtió en globo.

En la plaza de la retreta, otros enamorados esperan ser llevados de noche como en ese viaje fantástico. Ninguno de ellos ejecuta el bombardino.

Emiliano Cebollas en el circo

La noche de ayer ha sido la más estupenda de la historia fantástica en San Reinaldo de las Moras. Aunque la lluvia, los truenos, relámpagos y ráfagas del viento, que casi llegaban a tormenta, todo lo arruinaban. Cundió el pánico entre la gente mientras se esperaba con ansiedad la primera función del circo Luces de Bagdad.

Al parecer la vida en el circo no andaba muy bien en los últimos meses. Cuando la caravana llegaba a San Reinaldo de las Moras, el camión donde venían los animales apretujados como si vivieran en el Arca de Noé, se volteó en una carretera. Los elefantes, jirafas, monos, perros, gatos, gallinas, ratones, pulgas, rinocerontes y caballos amaestrados huyeron libres para el monte.

Cuando los payasos y trapecistas, que trabajaban duro, instalaban las carpas para ofrecer el espectáculo, tuvieron un accidente al caer de gran altura y fueron hospitalizados.

Quedaron ante el público los malabaristas, las bailarinas, los magos y allí en el pueblo se contrató al profesor Arcángel Trompo Rosales como saxofonista y a Emiliano Cebollas para que ejecutara el bombardino. De esta manera, se traía un

poquito de alegría, en medio de tantos desaciertos creados por un espíritu maligno que se metió en una de las maletas del dueño del circo.

Ese espíritu dicen que no lo han podido espantar. Ni siquiera con alcanfor, ni peos de burro que se ha comido cien repollos, con pellejo de gallinas.

Cuando el director de pista anunció el espectáculo, precisamente a esa hora se desató la tempestad. El viento arruinó todo, hasta tumbó las carpas al suelo. La gente no podía salir de las graderías, porque la oscuridad asustaba.

—Emiliano Cebollas, yo voy a tocar el saxofón... –dijo el maestro Arcángel Trompo Rosales de manera decidida.

—Aquí está el bombardino... un, dos, tres –y sonó una marcha de caballería y todos aplaudían.

Cuando el bombardino soltaba sus notas, una luz mágica llenó el lugar. Cesó la lluvia. Los animales que huyeron aparecieron adornados con serpentinas. En sus patas traían luces de relámpagos. Los payasos y trapecistas hospitalizados pidieron que los llevaran de urgencia y en ambulancia al circo, porque se sentían milagrosamente recuperados de sus lesiones.

Esa noche inolvidable, el bombardino de Emiliano Cebollas salvó la noche con magia.

El circo Luces de Bagdad escribió una página que se recuerda por siempre. Gracias a unas notas musicales que la gente de San Reinaldo de las Moras aprendió de memoria, y que repite cuando hay tempestades o los espíritus intrigantes andan haciendo de las suyas.

Los caprichos de Jerónimo Amargos

Lo cierto sea dicho ante el mismo Jerónimo Amargos. Es que por desmemoriado, o por egoísta, algo le salió mal. Porque a los días, todas las cosas le comenzaron a salir enrevesadas. Dijo que él y nadie más quería tener muchas monedas de oro. Las que conservaba guardadas debajo del colchón se convirtieron en cucarachas verdes.

Quería que los gatos enamorados que andaban a la medianoche haciendo escándalos en los tejados, se convirtieran en jarrones con flores. Pues se convirtieron en chimpancés que nadie podía controlar.

A la abuela Emérita Golondrina, para que no anduviera de curiosa, la quiso convertir en una vaca dormilona. Sucedió lo contrario: ahora era la más bella de las princesas en las fiestas populares.

Jerónimo Amargos quería que todos sus objetos se convirtieran en oro. Su mundo se derrumbó como soplo de gigante, como si un castillo de arena fuera sometido por las patas de un elefante.

No conforme y más caprichoso, pidió tener un traje de rey antiguo, con capas que lucieran hilos de oro y piedras destellantes y se quedó en calzoncillos, tan rotos que eran el hazmerreír de la vecindad.

—¿Desde cuándo tanta locura? –preguntó la tatarabuela Emérita Golondrina a su nieto. El pequeño no daba respuestas y persistía en descubrir las fórmulas perfectas, para que aparecieran ante su almohada la Gallina de los Huevos de Oro y una flauta capaz de atraer a las muchachas más lindas.

Salió de su casa un poco enojado y repitió otros hechizos hasta más no poder en su desmemoria. Lo único que logró fue convertirse en espantapájaros y luego en un pájaro tucán, que volaba sin descanso.

—Ese muchacho lo tienen que bañar en el río, para que se le quiten esos embrujos y vuelva a ser el que conocí... –exigió con cierta prudencia la abuela doña Emérita Golondrina.

Unos días más tarde dejó de ser burro y tucán. Volvió al libro de la magia. En uno de esos capítulos se le recomendaba que buscara el bombardino hechizado de Emiliano Cebollas, que estaba oculto en algún lugar de esas casas, entre hojas secas y grillos, únicas señales de vida que hay en ese lugar.

Los objetos convertidos en oro

En realidad, ¿quién era don Gualberto Cerezas? ¿Por qué tanto misterio alrededor de él, su casa y su familia? ¿Era acaso un avaro millonario? ¿Conocía él los auténticos secretos de la alquimia para convertir los desperdicios de cabello en alfileres de oro? ¿Era acaso, más bien, una burla al anciano quien ya poco a poco perdía facultades y todos procuraban atribuirle poderes mágicos? ¿Cuál era el motivo de tanta gente para llegar en la madrugada ante las puertas de su salón de barbería?

Sucede que quien se cortaba el cabello con el abuelo Gualberto Cerezas, el primer objeto que tocaba con sus manos ese día se transformaba en oro. El cabello que caía en el piso, luego era recogido y se llevaba a las casas. En esas marañas y desperdicios aparecían monedas de alto valor, sortijas, relojes antiguos y alguna que otra perla.

Es por eso que don Gualberto Cerezas hizo ricos a todos los habitantes de San Reinaldo de las Moras. Pero él, en verdad, solo tenía el dinero que ahorraba por su trabajo laborioso de miles y miles de años, que con el paso del tiempo ya no le alcanzaba para comprarse una camisa y un pantalón azul marinero, como le gustaban a él.

Hay quienes dicen que él no sabía de sus prodigios.

Ninguno de los beneficiarios tuvo la delicada y generosa acción de obsequiarle una de esas vasijas convertidas en oro que se guardaban con mezquindad en esas habitaciones, sótanos, baúles, desvanes y hasta en nichos bajo tierra, en donde se colocaban cien candados, dificultades y trampa-jaulas, en caso de que llegara un ladrón de siete suelas a buscar lo que no se le había perdido.

El barbero, aún con su mirada perdida, procuraba que la tijera y el peine hicieran mejor su trabajo.

Invitados al palacio Piedras Blancas

El sábado por la noche Emiliano Cebollas y Carlota Cantos llegaron justo a la hora en que iban a ser recibidos por el bibliotecario del palacio Piedras Blancas. Allí iban primero a cenar y luego a saber, al dedillo, de dos libros que revelan importantes secretos sobre el Arte del Encantamiento de Animales.

—Ustedes no han sido registrados como visitantes especiales a esta hora, cuando ya no hay servicio para el público –dijo el portero.

—El profesor latinista don Fernando Castillejo nos invitó y aseguró que estaría en la biblioteca –dijo la señora Carlota Cantos, mientras Emiliano Cebollas acomodaba el cuaderno de música.

—Es muy extraño que el profesor Fernando Castillejo los hubiese invitado y precisamente a esta hora, cuando todos los empleados han salido y solo estamos nosotros, los agentes de seguridad.

El portero levantó el teléfono y habló con un funcionario de protección, quien le dijo que las luces de la biblioteca estaban prendidas.

—Me acaban de comunicar que las luces de la biblioteca están encendidas y puedo asegurar que es un descuido –dijo el portero.

—Volveremos otro día –manifestó el músico Emiliano Cebollas y le pidió a su esposa no insistir más en el asunto.

—Vamos a dejar una nota de nuestra visita, para que el lunes sea leída por el profesor Fernando Castillejo –comentó Emiliano Cebollas.

El portero refirió que el profesor que ellos solicitaban, precisamente, había fallecido hacía unos veinte años. Que eran muy pocas amistades quienes lo recordaban. Era muy tímido y siempre trabajaba fuera de la vista de los lectores e investigadores. En todo caso, quien podría dar una referencia del difunto sería un familiar inmediato o los directores del palacio que, en su mayoría y por este tiempo, ya estaban jubilados.

—Entonces, ¿quien nos invita a la biblioteca es un muerto? –preguntó el músico. Y no hubo respuesta, porque todos se miraron para dibujar una sonrisa con el miedo.

El misterioso profesor de Latín

Emiliano Cebollas y su esposa Carlota Cantos sonrieron, porque ahora no entendían lo que les decía el hombre de la portería de la reconocida biblioteca en el palacio Piedras Blancas, donde al parecer vivía la muerte de manera invisible. Cosas misteriosas y de poco creer en estos tiempos.

Hasta hace unos días, Emiliano Cebollas y su esposa Carlota habían conversado con el profesor de Latín, el propio Fernando Castillejo. Un personaje con su barba larga y blanca, sombrero negro, bastón con mango reluciente de oro y cabeza de serpiente con ojos de granate, que parecen brotar para asustar.

—¿Usted es músico? –preguntó el portero de la casa de los libros.

—Procuro que el bombardino sea ejecutado de una manera correcta y deleitar a quienes les gusta un buen programa musical –respondió Emiliano Cebollas.

De pronto, se escucharon truenos y una amenaza de lluvia tropical que obligó a cerrar puertas, ventanas y a estar atentos ante la tempestad. Emiliano se agachó para recoger la valija donde estaba el bombardino, pero no la encontró.

Las luces del edificio y la ciudad se han apagado. Algo extraño sucede. Emiliano Cebollas encendió una cerilla, mientras el portero alumbró con una linterna. Carlota Cantos estaba nerviosa. Esto no sucede todos los días en un ambiente de misterio.

El hombre que hacía el recorrido de seguridad llegó al minuto y dijo:

—Las bombillas aún están prendidas en la sala de biblioteca y se escucha la música de un instrumento de viento.

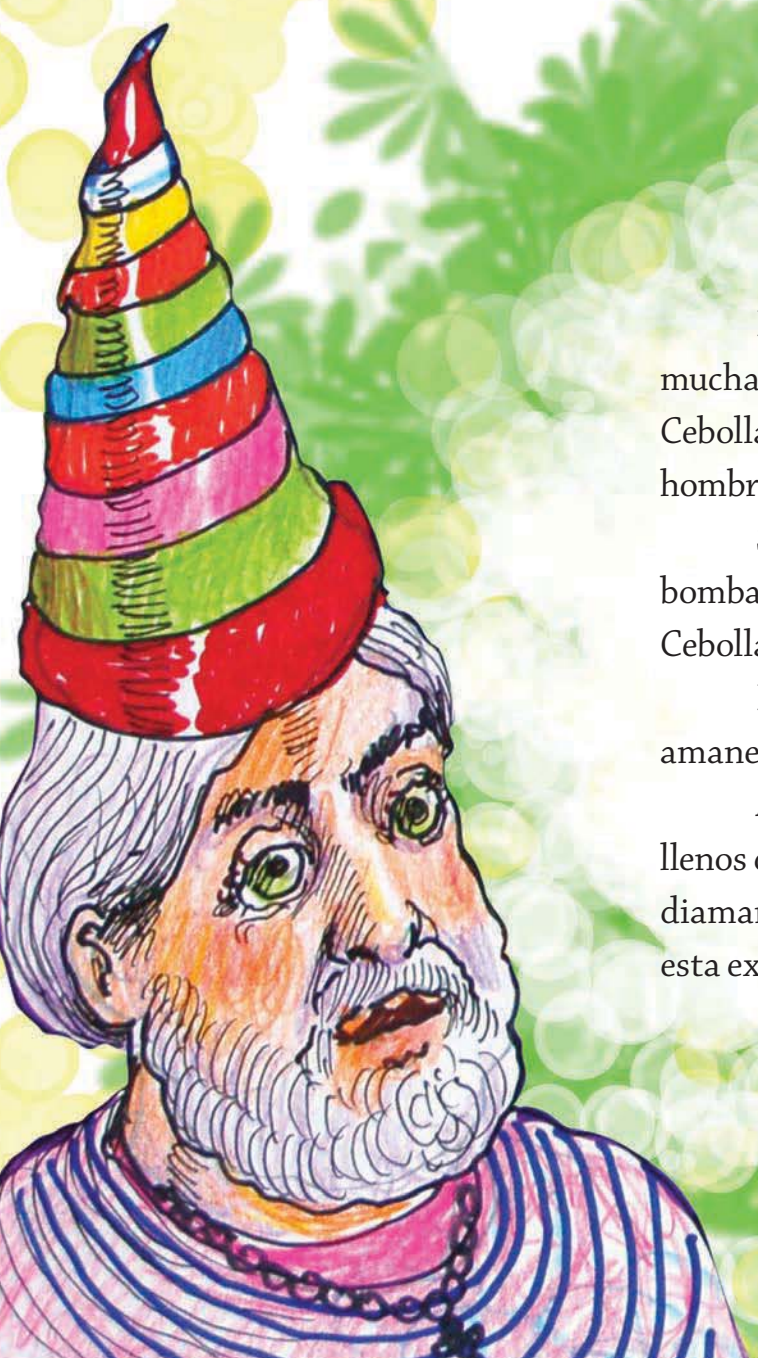
El portero, el vigilante y la pareja de visitantes decidieron ir hasta la biblioteca. En efecto, allí estaba el profesor Fernando Castillejo ejecutando el bombardino encantado, y los empleados no podían creerlo. Se maravillaron.

—Ese hombre murió hace unos veinte años... –dijo de inmediato el guardián.

—¿Es que, estamos hipnotizados? –se preguntó el oficial de seguridad, porque él mismo recordaba a ese hombre, acostado e inerte en un ataúd blanco.

—Yo soy testigo... –agregó asombrado el hombre de la linterna aún encendida mientras palidecía, sin poder dar un paso, ante la constatación de que aquel recordado profesor ahora estaba ante su propia mirada.

—Cómo es que ahora está el profesor Fernando Castillejo en la biblioteca y no se halla registrado como trabajador, ni visitante ocasional... –comentó a manera de interrogante, entre dudas y asombro, el inspector de seguridad.



Fernando Castillejo se levantó del sillón y con mucha naturalidad se acercó a saludar a Emiliano Cebollas y a su esposa Carlota Cantos, y a los dos hombres de la biblioteca del palacio Piedras Blancas.

Sobre la mesa y en la valija estaba el otro bombardino. El que le pertenecía al maestro Emiliano Cebollas.

Luego, ambos ejecutaron varias piezas y allí amanecieron.

Al salir el sol, el portero tenía los bolsillos llenos de monedas de oro. El vigilante llevaba diamantes en sus manos. Aún estaba embobado por esta experiencia, que de contarla, nadie creería.

El regreso del bibliotecario

El palacio Piedras Blancas fue clausurado, dicen algunos cronistas, cuando regresó el latinista y bibliotecario Fernando Castillejo. Durante las noches aparecen seres que ya se habían ido de las esferas de la vida. Todos tienen el temor de encontrarse con un ser venido de quién sabe qué lugar de los misterios.

La comida que se sirvió no fue probada porque los gatos hambrientos llegaron primero a la mesa.

Los dos libros que le había prometido el latinista Fernando Castillejo al músico Emiliano Cebollas, luego de tanta música interpretada, se quedaron en la mesa. De allí desaparecieron para siempre. No se sabe si se convirtieron en cenizas o en búhos y salieron por el ventanal que da al jardín. Sencillamente, lo más probable es que esas obras no existieran jamás en las manos del latinista don Fernando Castillejo.

El mago Boca de Lobo

Ese día de las Bodas de Oro, los músicos hicieron lucir sus galas, en medio del resplandor y con la mirada ante los fuegos artificiales. Los libreros, las escuelas, los liceos, los artistas y los pescadores desfilaron por esas calles. Todos llevaron ofrendas, para que la pareja de don Bartolomeu y doña Eulalia continuara escribiendo sus historias de pasión, luego de cincuenta años de amor eterno.

Bartolomeu y Eulalia tenían a Simona Rosales, su única nieta. Admirada por bella y artista con los pinceles, el lienzo, el decorado de pasteles de manzana y pera. Una habilidad envidiable, cacerolas con el arroz, el pescado y las cerezas.

Además, Simona Rosales era antropóloga y tenía estudios reconocidos académicamente sobre la cotidianidad en los tiempos de don Miguel de Cervantes y Saavedra.

Por otra parte, en la mansión Luna Vieja, propiedad de don Bartolomeu y doña Eulalia, siempre se recuerda por esos días a los magos de

Río Frío. La compañía circense dirigida por el mago y encantador de serpientes: Boca de Lobo.

El mago mariposeó a Simona Rosales con insistencia. Ella no quiso corresponderle. Él tenía fama de convertir a sus enemigos en gallinas. Igual suerte destinaba a quienes lo hacían alterar en su carácter. Una persona para no confiar nunca.

Desde el día que Simona Rosales le dijo "No" a su amor, el mago Boca de Lobo, el mismo Inocencio Flores, en medio de la indignación, diseñó un plan para arruinar la vida de ella y su familia. Decretó sus malas influencias. Fue justo en la fiesta de las bodas de oro de sus abuelos.

Cuando los comensales estaban en la mesa del comedor, el mago de malos sentimientos hacía que los apios, las zanahorias y el pescado frito se convirtieran en sapos y ratones, que salían asustados de todos los rincones y caían en los platos de los caldos.

De pronto un trozo de pan se convertía en gato, un apio en ardilla, una remolacha en gallina aterrada.

El negocio de Bartolomeu y Eulalia debió cerrar sus puertas. La gente no estaba para bromas pesadas.

Simona Rosales

Simona Rosales y sus abuelos nunca supieron que esa hechicería de malas influencias contra la mansión Luna Vieja y la vida de ellos, era la mano oculta y la voluntad maléfica de Boca de Lobo. Aquel mago, aparentemente de nombre Inocencio Flores. El hombre del circo se marchó con más olvidos que aplausos, dejando un enredo que al paso de los años no se encontraba manera de superar.

—Me gustaría que la noche de gala, con motivo de las Bodas de Oro de don Bartolomeu y Eulalia, se celebre con orquestas y bailes en el Gran Salón del Sol, en la mansión Luna Vieja –propuso muy convencido Emiliano.

—Ni se le ocurra semejante tontería, porque es convertir a los sofás en hipopótamos resabiados, los floreros en sapos y ranas –respondió alarmada y con reproche, doña Oliva, quien curaba el mal de ojo y el mal de amores.

—Yo haré todo lo posible para que la casona de Bartolomeu tenga el resplandor de antes –replicó de manera generosa el músico Emiliano Cebollas.

Hasta el más indiferente trajo flores, objetos vistosos, manteles gallegos, juegos de copas francesas, vinos caroreños, quesos ahumados de Pregonero. Llegó la hora

de la marcha nupcial. Bartolomeu y Eulalia solo aguardaban a que la nieta Simona Rosales apareciera al fondo del salón con sus niños. Se esperaba el gran baile.

Emiliano Cebollas inició la dirección orquestal. Como si algo estuviera planificado por una calavera que se burla de los organizadores de una fiesta, se cortó la energía eléctrica. Todo quedó a oscuras. Gritos de terror, bromas y burlas.

La orquesta siguió ejecutando a oscuras. El bombardino se escuchó por encima de todos los instrumentos. De debajo de las sillas, de las mesas, detrás de las cortinas y de los rincones emergió una cálida luz. Los trajes de los ancianos esposos brillaban como si la escarcha se hubiera convertido en mil diamantes.

La gente bailó feliz. La mansión Luna Vieja recobró su esplendor. Dicen que el búho tuerto que duerme todas las noches en el campanario es el mismísimo mago Boca de Lobo. El bombardino de Emiliano Cebollas hizo el milagro.

Simona Rosales, sin duda, tenía los cuadernos de magia y música, que ya poco podía leer don Emiliano Cebollas. Fue ella quien apagó las luces de la casa y ordenó que esos efectos de truenos y relámpagos, para asustar a los vecinos y celebrantes, tuvieran el efecto de una película de muertos asustados.

El búho tuerto del campanario sacudió su cuerpo y alas, al momento de levantar el vuelo y verlo caer en la plaza. En un abrir y cerrar de ojos, lo vieron

transformarse en un mago de pocas habilidades. Se retiraba hacia el puerto, para irse en el barco de la tarde.

Simona Rosales abrió las ventanas de la casa de los abuelos al amanecer, cuando una bruja traía algodón de azúcar, que colocó sobre la mesa del comedor.

Emiliano Cebollas dormía en su casa. Al levantarse, sus bolsillos estaban repletos de juguetes diminutos, caracoles verdes de gomitas dulces y armónicas para interpretar canciones de amor.

Las maldiciones de Eulalia

Aquel gran edificio, mansión Luna Vieja, con ventanales arqueados, vidrios de colores, miradores y pequeños jardines colgantes frente a la plaza Miranda, de pronto fue sometido a un hechizo maligno y perdió todo su resplandor.

—Esas gárgolas cabeza de serpiente, que son imitación veneciana, encierran algún significado –decían algunos vecinos que jugaban con naipes a la medianoche.

También perdió esplendor esa puerta inmensa, siempre alumbrada con faroles y custodiada por figuras de animales mitológicos forjados con hierro.

—Desde hace años, los que aún conocen los secretos de la alquimia, han querido averiguar el porqué de esos misterios de la casona –decía otro hombre que colocaba las cartas sobre el mantel inglés.

Sobre la mesa del comedor ocurrieron algunas escenas, o situaciones ridículas y desagradables, que ahuyentaron para siempre a los comensales, amistades, curiosos y también a algunos incrédulos que asomaban sus narices, para ir a contar más allá las mentiras, las historias falsas y algunas verdades que se trataban de ocultar detrás de esos ventanales.

Quienes allí incursionaban en el negocio de comidas, al final de los meses fracasaban con mucha más vergüenza. El edificio quedó solamente para depósito de las mercancías que entraban por Puerto Esmeraldas.

—La vieja Eulalia encontró monedas de oro y decretó con su propia boca miles de maldiciones, para que ninguno de los atrevidos viniera a enterarse de su riqueza y así quedarse con ese tesoro, que a lo mejor lo trajeron del infierno –agregó un jugador.

—Nadie conoce la realidad –respondió el otro hombre.

En verdad, ¿qué era lo que sucedía en esa casa?, se preguntaba la gente que iba a almorzar y cenar, más con la idea de conversar y entretenerse un rato. Muchos vecinos no querían recordar que entre la sopa de Eulalia, en esos platos aliñados en la mesa, de pronto aparecían sapos y ratones. Como si allí existieran diablos.

Mansión Luna Vieja

Ese monumento arquitectónico de finales del siglo XIX, conocido como mansión Luna Vieja, fue lugar de encuentro de gente de negocios, zapateros, artistas, pescadores, poetas, agricultores, logias secretas, talabarteros, cofradías de monaguillos en honor a San Salchichón de las Muelas, educadores, sopladores de botellas, románticos, deportistas y médicos gallegos que combinaban su apego al debate político y religioso.

Allí en la casona todo era esplendor. De la noche a la mañana, comenzaron a suceder cosas extrañas, que nadie podía interpretar. Las cebollas se convertían en murciélagos y las legumbres en aves extrañas que daban miedo. Una pesadilla.

—Me atrevería a desafiar a cualquier espantavidas que esté entre las sombras o guindado en la telaraña detrás de la puerta –decía Aparicio Bonete con arrogancia, uno de los vecinos.

Aparicio Bonete apuntaba, con un palo de escoba, hacia unos helechos que se asomaban por la ventana de vidrio azul y que, en la noche, daban la

sensación de que los extraterrestres andaban por ahí, escondidos y con malas intenciones.

—Saldrías corriendo del susto, directo a limpiarte los calzoncillos, si te sale un muerto de debajo del fogón –le respondió el guitarrista Erasmo Álamo al generoso de Aparicio Bonete.

Las grandes fiestas debían celebrarse con orquestas, en mansión Luna Vieja. Y la gente muy bien trajeada, con sus galas y quesos ahumados, para que tuvieran resonancia y buenas crónicas en los diarios.

—En esa gran casona en honor a la Luna Vieja, celebraron con categoría mis quince años –recordaba la telegrafista Digna de los Duques, quien, con el cruce de mensajes en claves de morse, ella misma descubrió historias que calló.

—¿Por qué Digna de los Duques se guardó para ella los secretos de la casa embrujada? –preguntó Erasmo Álamo.

Los cercanos a esa conversación se quedaron callados, para escuchar la respuesta que le daría Aparicio Bonete a Erasmo Álamo.

—Se enmudeció y dejó la historia en el tintero, para resguardar el nombre de los dueños y administradores de la que ahora se considera la mansión de los maleficios.

—¿Quiénes eran los dueños de la casona?

—Mansión Luna Vieja contaba con la administración de un viejo matrimonio catalán: Bartolomeu y Eulalia.

—Es verdad, ya lo recuerdo.

—Ellos celebraron cincuenta años de matrimonio, aquí en la orilla del apacible mar de San Reinaldo de las Moras.

Lo que nadie sabía es que vivía un espíritu errante, en la oscuridad, en alguno de los cuartos, encerrado en una maleta guardada, en el cuarto de los corotos viejos y rotos, un cascarrabias de ultratumba que solo deseaba echarle pelos a la sopa de los comensales y que todos los vivos se fueran de allí, para él descansar entre el polvo y el abandono, para siempre.

Mansión Luna Vieja de pronto queda en ruinas, pero una noche de lluvia y tormenta enciende luces. No se abren las ventanas, sin embargo, allí llegan los pájaros de la noche.

El extravío del bombardino

El músico Emiliano Cebollas por esos días era el director musical de la banda Los Murciélagos Verdes. El bombardino lo dejaba guardado en un cajón de madera en su casa, para no descuidar la varita mágica ante los pentagramas. Se corrió la voz de que el poeta Marcelino Montalbán iba a ser llevado por solicitud personal a una casa antigua, donde al parecer nadie entraba, ni siquiera los miembros de la Sociedad Secreta Medieval de la Alquimia, que se dejan guiar por el olfato de los gatos madrugadores, para encontrar monedas de oro enterradas cerca de castillos, cementerios, casonas, hierbajos y nidos de serpiente.

—Esa casona abandonada es una ruina –manifestó con enfado Marta, la esposa de Miguel Perejil.

—Esa propiedad de los fantasmas, a donde ha pedido ir Marcelino Montalbán, está encantada y quien llega allí se convierte en gato... –dijo la quiromántica Malena, una amiga de las *pizzas* y ensaladas de Marta.

—En esa casa debió ocurrir algo extraño, porque ni los pordioseros van a buscar techo durante los días de frío –respondió más adelante Manuel, el jefe de policía, quien se ajustaba un traje nuevo en la sastrería de Rogelio.

El día del concierto de bienvenida al poeta Marcelino Montalbán, Emiliano Cebollas dirigiría la banda y ejecutaría unas piezas con el bombardino. Y llegó lo inesperado, lo imposible de suceder y para gran angustia de Emiliano Cebollas: el bombardino desapareció de entre los músicos, ante su propia nariz. Iba a debutar con la marcha *Las sortijas de Cleopatra*.

—Yo no vi a ningún ladrón –repuso Miguel Perejil.

—Es algo extraño –respondió una vecina.

La mayoría de los músicos andaban indispuestos, y colocando las manos en sus estómagos daban vueltas como serpientes alborotadas. A cada instante pedían permiso para ir al baño. Algo mal preparado para la mesa les causó una indigestión. A todas estas se desató una ventisca que llegaba a tormenta y elevó por el aire árboles, sombreros, techos, atriles y los cuadernos donde estaba escrita la música de la banda.

En San Reinaldo de las Moras todo era oscuridad, desde el mismo momento en que se anunció la llegada del poeta Marcelino Montalbán, quien traía laureles desde don Luis de los Leones. Mucha gente quería escuchar su voz, aprender a declamar como él. Reconocido como el mejor recitador de poesía clásica de todos los tiempos en el pueblo de mar y montañas.

Emiliano Cebollas andaba preocupado porque le habían extraviado el bombardino. Para no decir que algún sinvergüenza, manos largas y ladrón de campanarios, le escondió el instrumento musical. Él no estaba dispuesto a burlas, ni a pagar recompensas. Mucho menos a crear alarmas por esas calles. Nunca quiso pensar que en este pueblo de sus mejores recuerdos, San Reinaldo de las Moras, apareció por arte de los engaños un ratero de catorce mil pulgas. Al que se debía aplicar la ley, durante cien años y sin ninguna lástima.

—A este pueblo se lo van a llevar los fantasmas –dijo Marta–, llegaron los ladrones de tijeras, bombardinos y papeles musicales.

—No te preocupes, que los fantasmas van y vienen por las noches y no están preocupados por los ladrones –agregó Miguel Perejil.

El bombardino hechizado debía estar en algún lugar oculto. Emiliano Cebollas no dormía, ni probaba bocado alguno de carne de vaca con papas y tomates. Ni hambre le daba. No podía aceptar que perdió el dominio de su música y ahora la tristeza estaba sentada junto a él, en espera de un milagro.

Los sueños de Miguel Perejil

En esos patios de árboles grandes, cocinas con tragaluces en el techo adonde llegan brujas triunfantes y ratones amargados, se pasean ciertos gatos que han salido huyendo de berenjenales. Felinos resabiados que despertaban sospechas desde hacía una semana. Comentarios que van de ventana en ventana y de vecina en vecina, entre mercaderes, barberos, sastres y panaderos, en relación con objetos desaparecidos a un afamado compositor.

—He visto a algún micifuz con capa de mago a la medianoche y esto no me ha gustado para nada... –anuncia Miguel Perejil, el dueño de la zapatería Los Remiendos del Gigante.

—Ya estás inventando historias, ¡después de viejo!... –responde Marta, su mujer, quien no cree en cuentos de aparecidos, solo en las ganancias del día.

—Lo he visto... lo miré pasar... llegó veloz... –dice de nuevo Miguel Perejil.

—Debes limpiarte esos ojuelos de vidrio aumentado, que están harto sucios con migas del desayuno y ser más aseado... –reprochó Marta cuando se disponía a leer el periódico de hacía un mes.

Miguel Perejil se quedó callado detrás del mostrador. Pensó en ese gato correcaminos de estas noches, que llegó acelerado y se adentró justamente en donde estaba la alacena más pobre. Despensa donde no hay chorizos. Solo se cuentan arvejas verdes mal guisadas.

—Debe ser un minino cazador que lleva joyas escondidas... –dijo el dueño del negocio.

—Vas a seguir con manías del "miau" fantasma –reprochó de nuevo su mujer.

—Tranquila, Marta... ese gato lleva la fotografía de una viuda con crisis de nervios... –respondió con ironía Miguel Perejil y sonrió para burlarse de sus secretos, mientras la dama se apoltronaba y respondía con otra sátira.

—No es un gato el que viste pasar a la medianoche... deben ser tus calzoncillos sin lavar, que se han ido solos y asustados al lavadero –repuso Marta, mientras aseguraba que no volvería a caer en esos retintines de las ofensas.

Miguel Perejil se imaginó aposentos de emperadores adonde quieren llegar los mendigos. Cerró sus ojos y soñó con baúles de madera aceitosa, que sirven para albergar peces con cabeza de gallina. También imaginó percheros con trajes anticuados de un olvidado teatro. Por esos lugares y objetos se paseó.

Néstor Melani Orozco.

La sombra del gato

Miguel Perejil dibujó sus ideas en un cuaderno de contabilidad y recordó, esa misma noche, que el gato misterioso en su carrera veloz tenía la apariencia de un caballero de la Edad Media.

Esa noche, el dueño de la zapatería Los Remiendos del Gigante, Miguel Perejil, escribió con tinta verde en su diario lo siguiente:

...de seguro en un patio de esos, con árboles cansados, veremos pasar la sombra de ese minino sinvergüenza... Cazador de poca suerte, con rabadilla de trapo deshilachado. Dientes postizos y largos. Un felino que procura no dejar huellas en la arena, ni tampoco en mesones donde busca un bocado rancio y mal servido de esos chorizos con olor a pasado...

El esposo de Marta no andaba tan equivocado, como creían muchos y siguió en su escritura:

Ese gato, del que nunca se apuntó el nombre con el que prestaba atención, aún debe andar en sus ocurrencias. Una noche después de su llegada, aparentemente le robó el bombardino hechizado al maestro y compositor, don Emiliano Cebollas.

Y agregaba en su escritura:

Lo más probable es que el músico Cebollas se quedó dormido en los altozanos de la catedral, donde esperaba el regreso de Carlota Cantos y sus hijos, que venían de una fiesta amenizada con toros de candela…

En esas pesadillas, Miguel Perejil veía solo la sombra del gato que huía con la apariencia de un ser de varios siglos atrás.

—Miguel, ¿por qué anoche, dormido, hablabas de la sombra del gato? –preguntó con inmensa curiosidad Marta.

—No recuerdo, es muy difícil recordar algunos sueños.

Miguel sí recordaba con detalle el sueño de la sombra. Sobre un papel dibujó el mapa, el itinerario que atravesó el cazador de ratones y cree él que descubrirá un tesoro.

El gato ladrón de músicos

Al otro lado de la calle, en la sastrería de Rogelio, se asegura lo contrario sobre estos lugares olvidados. Es que, ciertamente, quedó una historia que va de boca en boca sobre el gato ladrón de músicos. ¿Quién puede creer que un felino, de pronto, tenga esas facilidades de hacer desaparecer los objetos de sus dueños?

—Algo extraño sucedió anoche –manifestó Rogelio a manera de secreto a Miguel Perejil, a quien vino a visitar muy temprano, antes del desayuno.

—Ya lo creo... anoche tuve pesadillas... –respondió Miguel Perejil.

Al otro lado de la plaza de los Poetas, los músicos se preparaban para un concierto de bienvenida a un coplero y sonetista, que también escribía libros sobre excéntricos animales, bestias o alimañas que nunca existieron, ni siquiera en la era de los dinosaurios vertebrados que solo estuvieron en la imaginación de aquellos abuelos, en dibujos al carbón ocultos en esas casas de la infancia. Seres que permanecían debajo de una cama convertida en nidal de gallinas cluecas, o en los miradores de burros cansados... Animales curiosos, que nunca fueron apuntados con la tinta, para los libros sagrados de las religiones más antiguas.

—No estoy seguro de si era un gato o un fantasma medieval –dijo Miguel Perejil.

—Debemos averiguar. ¡Algo extraño sucede! –agregó el sastre Rogelio.

Lo que no sabían Marta, Miguel Perejil y Rogelio es que todo el mundo estaba detrás de la historia imaginada de perros voladores con alas de gallina. Ratones con cabeza de golondrina y cola de serpiente vomitando fuego. Caballos con seis patas de avestruz. Elefantes que llevan en sus orejas panales de abejas y otras ocurrencias. Delfines con patas largas de orangután. Vacas que tienen mariposas como orejas. Serpientes de seis cabezas y colas de caballo. Lagartijas que cantan como pájaros.

Al poeta a quien se le preparaban tantos honores era al muy aplaudido Marcelino Montalbán, quien se hizo famoso porque recibió el Premio Poesía de Venecia. Ahora él andaba en su pueblo de origen, para buscar en su memoria recuerdos de la infancia... y descubrir historias de animales fabulosos.

—Es un honor dar la bienvenida al poeta Marcelino Montalbán –dijo el sastre Miguel Perejil.

—Conocí al gran Marcelino en el primer grado, cuando era mi vecino y nos contaba sueños extraños –agregó el sastre Rogelio.

—Lo único que falta es que llegue el poeta Marcelino Montalbán y convierta nuestro local, la zapatería Los Remiendos del Gigante, en un cuchitril para piojos miopes –dijo la señora Marta, quien se lamentaba de que todo el vecindario anduviera en esos días con la novelería y no comprara ni siquiera unas sandalias.

Lo que nunca se dijo y es posible se pueda comprender más tarde es que Marta sí sabía quién hizo desaparecer el bombardino de las manos de Emiliano Cebollas. Señala al poeta consagrado en la fama: Marcelino Montalbán, quien en un chispazo, en un abrir y cerrar de manos, se convierte en gato ladrón y huye por esos tejados.

La casa del resplandor

Mientras en el pueblo San Reinaldo de las Moras todo era confusión, el poeta Marcelino Montalbán nunca llegó con su comitiva. Quienes se prepararon para ofrecerle un emotivo recibimiento, se quedaron con sus galas, perfumes, peinados y discursos en los papeles y sin pronunciar.

—Algunos mortales han desaparecido. Ahora hay muchos gatos y lagartijas en los tejados –explicaba el sastre Rogelio.

—Me parece que todo está en calma –afirmó el policía jefe, Manuel.

Al día siguiente se comentó, con cierto temor, que mientras en el pueblo todo era oscuridad producto del chubasco, en la casa encantada, adonde nadie se atrevía ni a mirar, todo era resplandor.

También se manifestaba que allí, en esa casa de los asustados, un gato ejecutaba el bombardino robado.

—Siempre andan con mentiras –manifestó Digna.

—Solo se cuenta lo que se ha visto –agregó Pelayo.

—Y todas estas habladurías, misterios, ¿qué es lo que ha sucedido para que la gente ande con cuentos de oreja en oreja? –preguntó Digna.

Pelayo se quitó el sombrero, que tenía azúcar, hormigas y flores de Sabana Grande, y respondió con claridad, como para evitar más preguntas de la vecina:

—Dicen que quienes venían de acompañantes de Marcelino Montalbán, el poeta tan esperado en la plaza Mayor, se habían convertido en otros felinos.

—¡Qué importa, torta, que un poeta se convierta en gato, gallina o elefante! Respondió la dama, mientras sacaba de debajo de un mueble un telescopio para mirar hacia la casa de los visitantes convertidos en animales.

—Sí importa mucho lo que sucede –dijo de mal carácter Pelayo y agregó–, se ha llegado a pensar que muchos de esos animales y objetos de la casa del resplandor tienen poderes ocultos, como el de convertir un murciélago en una mariposa con alas de oro y diamantes.

Se llegó a pensar si el poeta Marcelino Montalbán era el mismo gato del bombardino. En las afueras de la casona, ya se ha sentido en algunos rincones ese olor extraño a azufre, a orines podridos entre los árboles y unas velas casi muertas, que se muestran en el jardín, para dar la imagen de un ambiente de pesadumbre y así evitar que los curiosos vengan a estar viendo por las ventanas.

Más allá estaban otros reinaldinos ocupados en sus interpretaciones, queriendo revelar lo que no habían visto.

—San Reinaldo de las Moras es un pueblo de brujos, de fantasmas con hambre y animales que, a las semanas de muertos, tienen alas y se convierten en aves de la noche, para andar por los abismos en busca de carne podrida –recordó Marta.

—Aquí nunca sucede nada y cuando aparecen los magos poetas, te asustas –fundamentó hasta con miedo y temblor de piernas el señor Miguel Perejil.

Ese misterio de la casa abandonada y de pronto con luces de colores, música, bailes y animales que tienen la voz de gente de nuestro pasado, no se pudo descifrar.

Nadie se atrevió a ir a dar golpes a la puerta de la casa desatendida.

Emiliano Cebollas fue el único, atrevido o valiente, que marcó sus pasos para buscar el bombardino. Claro está, iba por su instrumento al precio que fuera. Aunque se muriera del susto y quedara allí como un toro tendido en la grama y las hormigas se le metieran por las orejas.

Tam... Tam...

Se abrió la puerta principal. Quien le dio la bienvenida fue el minino que aparentemente oficiaba de encantador. Le dijo al músico Emiliano Cebollas que no se preocupara, porque él mismo, el micifuz, le devolvería el bombardino esa misma noche o antes del nuevo amanecer.

—¿A quién representaba el gato ejecutante del instrumento de viento, si era tan buen lector del pentagrama? –ahora sí preguntó con esmerada curiosidad Digna.

—Era el mismo poeta y gato, Marcelino Montalbán, quien al llegar a San Reinaldo de las Moras hizo su primer acto de magia –aseguró Pelayo.

Emiliano Cebollas se quedó allí, a esperar la entrega del bombardino. El intérprete, el mismo viejo Emiliano, ahora regresa a su casa convertido en minino.

Las ocurrencias de Marcelino Montalbán

Durante esos días, luego de conocer las ocurrencias felinas del poeta Marcelino Montalbán, en San Reinaldo de las Moras, todo el que vino al mundo con cuatro dedos de frente ambicionó transformarse en serpientes, gatos, perros, gallinas, gallos, vacas, caballos y otros animales. Es que Emiliano Cebollas, ahora de gato compositor, celebraba las fiestas de los animales con su bombardino.

Fechas más tarde, Marcelino Montalbán decidió regresar del pueblo don Luis de los Leones cuando se antojó nuevamente de ser poeta. La verdad es que el mismo Marcelino Montalbán huía por las siete puertas convertido en sombra de gato ladrón. El mismo felino que un día le robó el bombardino encantado al maestro de música don Emiliano Cebollas.

Dicen que, igualmente, hizo desaparecer hace muchos años el violín de Atanasio Parra y el saxofón bañado en plata y oro de Juan Moreno y Gilberto Rey.

Esos instrumentos musicales, ahora bajo los dominios del gato ejecuta trampas, se transformaron en muchas monedas de oro.

—¿Un poeta se puede transformar en gato y andar de tejado en tejado para robar solo guitarras y flautas? –preguntó Omaira.

—Eso dicen, cada vez que hay un robo de clarinetes, redoblantes, bombos y oboes –responde con firmeza Valentín.

La historia, al parecer, no termina aquí. La casa de los misterios se convirtió, vidas más tarde, en un montón de piedras con olor a carne podrida, donde no se soportaba la hediondez. De esta manera se recuerda la casa encantada, adonde no iban ni los mendigos y de pronto se ven luces encendidas en la sala y los linderos llenos de hierbajos y caballos enflaquecidos por el abandono de sus amos ausentes.

—Emiliano Cebollas tenía esos sueños de transformar animales en semejantes y a los prójimos en animales –recordó casi en secreto Omaira.

—De pronto nos dicen que esos caballos fueron, en una época, encantadores de perros vagabundos –dijo Valentín.

Lo que no olvidan algunos vecinos es que, por esas noches, Emiliano Cebollas juró por todos los santos, ángeles y querubines no comer tantos garbanzos con aceite de oliva antes de un concierto. Y así evitar tantas figuras de animales y personas en sus pesadillas, acompañadas de ronquidos que asustan.

Emiliano Cebollas se despertó y fue a dar la bienvenida al poeta Marcelino Montalbán. Dirigió la banda musical y cuando ejecutaba el bombardino, la gente creía

tener vida de perros, gatos, gansos, gallinas, serpientes, vacas y otros animales, de acuerdo con sus mundos fantásticos interiores.

Marcelino Montalbán también tiene poderes para hipnotizar en los teatros y se aprovechó, en ese momento, de la música del bombardino.

Lo que no sabe el mismo poeta Marcelino Montalbán es que por allí, en la plaza Bolívar, cerca de la farmacia, en los ventanales del Palacio Municipal y el Cuartel Militar rondaba a escondidas otro gato timador.

Esa noche, el felino de las engañifas no durmió hasta que le robó los libros de magia al poeta Marcelino Montalbán. De inmediato, partió a toda carrera y pasó más apresurado que el Diablo cuando ve la Cruz Santísima.

Esos libros de magia se los regaló al viejo Emiliano Cebollas, quien a los pocos días se hizo dueño de aquella casa encantada, que no era de piedras ni carne podrida, sino un palacio adonde solo pueden entrar quienes pronuncian las palabras mágicas, que están escritas en alguna página extraviada por el descuido de un poeta, que perdió la cabeza por andar escribiendo poemas a una bruja.

Las ocurrencias del poeta Marcelino Montalbán no quedaron escritas en ningún papel. Y cuando se le recuerda en algún encuentro, nadie sabe quién es.

En esos días de Noé

Emiliano Cebollas afinó el bombardino y se dispuso a ir a la casa del patriarcal Noé, quien afanoso construía el Arca para llevar a su familia y a todos los animales en un viaje de cuarenta días, porque estaba anunciado un diluvio universal.

—Aquí como que no hay carpintero alguno y Noé debe de estar en el bosque buscando madera –dijo Emiliano Cebollas.

Agarró una piedra y le dio duro a un caldero, por si acaso el dueño de casa estaba trasnochado y dormido.

—Adelante, Emiliano Cebollas, pasa, que estás en tu casa... –dijo el viejo.

—Noé... ¡Amigo!... ya veo el arca y está quedando maravillosa... Pensé que andabas cortando árboles y me disponía a esperarte –manifestó amistoso Emiliano Cebollas.

El generoso Noé le dijo a Emiliano Cebollas que tenía un problema y no encontraba la manera de solucionarlo, por eso le pedía ayuda.

—Quiero que te vengas conmigo en el viaje. Con la música de tu bombardino la vamos a pasar muy bien –manifestó el anciano Noé, constructor del arca.

—En principio, es que no había pensado en irme de viaje... –respondió el visitante.

—Anímate, que eres un músico maravilloso... –agregó Noé.

—Debo hablar con mi mujer, para que me espere o se venga conmigo en esta aventura de mandato celestial... –respondió Emiliano Cebollas.

Sirvieron el agua con picado de frutas secas, pan con hojuelas de avena, natilla y aceitunas. Noé acariciaba su larga barba blanca. Emiliano Cebollas pensaba sobre la hazaña que le había propuesto el abuelo.

—Noé... me dices que tienes un problema, pero no me has contado de qué se trata –preguntó Emiliano Cebollas.

—Es que he traído todos los animales de la selva, los más grandes, los más esquivos y violentos... –explicó Noé.

—He visto algunos elefantes y leones, cuando venía ahora mismo a visitarte y hacían juegos de alegría al verme... –manifestó muy sonreído Emiliano Cebollas.

Música a oscuras en el Arca de Noé

Anunciado el día del gran viaje, el anciano Noé ofreció un cordero como sacrificio. La comida se sirvió sobre unas piedras cubiertas de telas de colores. Emiliano Cebollas ya andaba con Carlota Cantos y sus hijos, listos para la aventura del largo viaje con telescopios, mapas, cuadernos para dibujar esos recuerdos.

En aquel momento, los animales encomendados a Noé se resistieron a subir a la embarcación construida por él.

Pese a que Emiliano Cebollas ayudó en los arreos, no tuvieron suerte. Ya comenzaba a llover en medio de truenos y relámpagos que daban miedo.

Esperaron una semana y no era posible que ni siquiera las mariposas se mantuvieran tranquilas. Emiliano Cebollas decidió subir al arca de los encantos y distraerlos tocando el bombardino.

A la sazón, todos los animales lo siguieron en una suerte de desfile circense. El abuelo Noé clamaba con mucha alegría. Esa noche no hubo luna en la lejana montaña, ni en los espejos de agua. Sí se notó tranquilidad entre los animales que rondaban y resoplaban en la boquilla del instrumento musical.

Emiliano Cebollas volvía a ejecutar el bombardino. Así, a oscuras, todos recogidos, mansos y felices, iniciaron un viaje de cuarenta días.

Durante esas tardes de navegación con olas encrespadas, vientos que detenían a los viajeros en medio del aguacero torrencial, había horas para ver salir el humo de la cocina y escuchar el bombardino hechizado.

Néstor Melani Orozco

Noé y Emiliano Cebollas

Mientras conversan el gran marinero Noé y Emiliano Cebollas, se ven por las ventanas pájaros de todos los tamaños que revolotean en las ramas de los árboles, en la cocina, en las habitaciones, en el taller de carpintería y casi no dejan hablar. Ahora los caimanes, lagartijas y caballos pequeños están afuera de la cocina, como si esperaran alimentos.

Algo los mueve a tanta curiosidad.

Noé siguió dando explicaciones sobre el problema a su amigo músico, Emiliano Cebollas, y agregó lo siguiente:

—Durante la mañana, los animales invitados a mi viaje están apacibles, comen, pasean y andan tranquilos.

—Debe ser la luz del sol que los anima –agregó Emiliano Cebollas.

—Por la tarde, estos rinocerontes y todos esos seres de la Creación se ponen briosos, quieren saltar los muros de piedra, tumbar los maderos y salirse de los corrales. Para mi edad y propósito de llevarlos en mi viaje es un problema volver a traerlos a su lugar.

—Noé, ¿a qué se debe ese comportamiento entusiasta de esos animales por la tarde? –preguntó curioso el hombre del bombardino.

—La música, la música los pone a correr por todas partes... –manifestó el muy paciente Noé, soltó una carcajada y dijo a Emiliano Cebollas que solo él podía ayudarlo a salir de tantos aprietos.

—¿Cuál música? –preguntó Emiliano Cebollas.

—Pues la que ejecutas con el bombardino todas las tardes, que se escucha por todas partes y entonces los animales quieren irse para sus solares...

Emiliano Cebollas no se sintió culpable, pero sí le contentó que sus melodías tuvieran buen eco hasta en los animales traídos desde el corazón de la selva. Por esos días, Emiliano Cebollas no ejecutó el instrumento y el viejo Noé daba por terminada su anhelada casa de tablas para la navegación en aguas desconocidas. También tuvo tiempo de traer otros animales para llevarlos cuando comenzara el viaje, antes del diluvio.

Don Gualberto Cerezas y su baile mágico

Cuando Emiliano Cebollas llegó con la fama de una gran estrella, sonriente e inspirado con su bombardino, a las fiestas patronales en San Reinaldo de las Moras, allí lo esperaba con su gran sombrero de recio llanero oriental el legendario Alejandro Arzola, el fabricante de guitarras, violines, cuatros y bandolas llaneras.

Emiliano Cebollas venía a solas con su caballo, desde Santa Catalina de los Vientos. Alejandro Arzola hizo camino desde las dos de la madrugada, en un antiguo camión, desde San José de Guaribe.

Dicen que cuando ambos se dedicaban a ejecutar instrumentos musicales, allí estaban los serafines y arcángeles, para desbordar la luz dorada sobre árboles frutales.

Al mediodía, Cebollas y Arzola almorzaron en la casa de Elisa, al aire libre, bajo esos pinos, donde se cuenta que por las noches salen los espíritus con velas encendidas y cantan con voz ronca.

Esos muertos se acercan para pedir que les regalen agua bendita, porque tienen mucha sed y ganas de dormir debajo de una cobija tejida con lana de oveja.

Esa misma noche del viernes, los músicos tuvieron una bonita actuación que aún en San Reinaldo de las Moras se recuerda con lujo de detalles.

La gente se quedó extasiada, en especial, con la música del instrumento de viento: el bombardino hechizado. Las calles, patios, jardines y techos de las antiguas casas parecían tener una luz y la sensación de flotar, como si el universo de la fantasía y los luceros estuviera dentro de una burbuja de jabón.

La música que ejecutaba Emiliano Cebollas, en la plaza de los Poetas, atrajo de manera maravillosa a millares de pájaros desde las aldeas El Tesoro, Borriquero y Las Porqueras.

Las ardillas, las lagartijas y los caracoles venían de los montes de Osorio. Las mariposas verdes y azules subían desde los valles y trigales a la orilla del río Grande. Las abejas venían desde los jardines con helechos en Alto de los Duques.

Las mariquitas se multiplicaban y paseaban entre esos árboles húmedos y milenarios. Las hormigas cabeza roja y las libélulas que aparecían por millones, entraban por esas ventanas y quedaba una luz o resplandor de metales preciosos, jamás soñado por ningún rey o pordiosero en los cuentos antiguos.

Emiliano Cebollas le daba inspiración al bombardino. Los músicos bailaban. Los insectos y animales del monte parecía que tuvieran cuerpos brillantes, patas de oro.

—Estamos ante la danza de los sueños –dijo la poeta Elisa Reina.

—Un atractivo espectáculo, nunca visto y que jamás se puede olvidar –escribió algún cronista que olvidó poner su nombre en el papel.

—Ese músico tiene un pacto con el Ángel de las Tinieblas, porque nos tiene a todos ensimismados, como si estuviéramos ante un espejo de un cuento de hadas –dijo Fermín del Arpa.

—La boca grande del bombardino deja escapar un fuego azul suave, estrellas, escarcha y un perfume que me encanta –respondió la poeta Elisa Reina.

El abuelo Alejandro Arzola fue a buscar al barbero de las tijeras mágicas y envidiadas, al mismísimo don Gualberto Cerezas, quien al parecer era el único mortal en San Reinaldo de las Moras que estaba enterado, en medio de la calle y feliz, por la fascinación que atraía la música del viejo Emiliano Cebollas.

Ese mismo día, el anciano don Gualberto Cerezas dejó de cortar el cabello. Se puso a bailar. En un santiamén de emoción desbordada, le regaló sus preciadas tijeras al maravilloso maestro ejecutante del bombardino.

Ese regalo fue hecho en secreto, sin que nadie más lo supiera y con la envidia del *luthier* Alejandro Arzola, que ya se imaginaba dueño de una gran riqueza.

Por la noche, Emiliano Cebollas visitó al barbero Gualberto Cerezas. El hombre de la famosa barbería aún bailaba. En la medida que pasaba el tiempo, se escuchaban

nuevas piezas. Se sentía más joven. Llegó a transformarse en niño, de cuando iba a la escuela por primera vez.

Ahora, el niño Gualberto Cerezas ejecutó el bombardino. Mejor que un maestro consagrado en música antigua. Emiliano Cebollas y el niño Gualberto Cerezas subieron sobre la mesa del comedor y levantaron el vuelo, como si un globo los llevara a las nubes.

Una sortija en los pasteles de gato

Al día siguiente, todas aquellas piezas de oro que se guardaban con avaricia en San Reinaldo de las Moras, pertenecientes a famosos tacaños, desconfiados y aprovechadores de lo ajeno, se convirtieron en carbón mojado y no servían para nada.

—Dicen que el músico del bombardino, Emiliano Cebollas, secuestró al viejo barbero don Gualberto Cerezas –explicó a su manera y con enfado la señora Martina, quien ofrece pasteles de carne de gato en el mercado.

En esas habladurías que van de casa en casa y donde se asegura que yo vi con mis propios ojos o que me lo dijeron y no lo repita, se asegura, por otra parte, que Martina señala una mala reputación al viejo Cebollas, al decir que es el secuestrador del barbero Cerezas.

Y procede de esa manera para que nadie sepa que ella sí conoce los secretos nocturnos de los magos, que van vestidos de rojo y verde a la Sociedad Secreta Medieval de la Alquimia, donde convierten el hierro retorcido e inservible en monedas de oro que llevan a otras ciudades.

Ese espectáculo de insectos y animales en la plaza, donde todo brillaba, era el comentario de los reinaldinos, aldeas y pueblos cercanos. En Santa Catalina de los

Vientos, San Nicolás de la Lejanía y Loma del Trigo, se organizaron los sembradores de cebolla, ajo porro y cebollón, para ir a traer por las buenas o por las malas a Emiliano Cebollas para que, con la música del bombardino, les trajera más suerte de la que ya tenían.

Y valga decir que los pasteles de Martina se hicieron famosos, desde que Emiliano Cebollas, Gualberto Cerezas y Alejandro Arzola fueron a esa tienda del mercado e hicieron la magia de que en cada porción apareciera una pasa, un trozo de aceituna, un tris de alcaparra y una sortija para una novia encantada.

—El hombre de la magia ya cumplió su misión. Han muerto o desaparecido Emiliano Cebollas y Gualberto Cerezas. La música les daba poderes milagrosos. Las ardillas y mariposas vinieron a buscarlos –comentó con tristeza Benedicto, quien vende telas italianas y está dispuesto a regalar los lienzos más finos y costosos para crear un pequeño teatro, donde aún se escuchan los sonidos del bombardino después de la medianoche.

—Ya con lo que pudimos guardar de vasijas convertidas en oro, se puede ir Gualberto Cerezas adonde el diablo quiera –comentó con desplante Marcial Volcanes en la tienda de loterías que es de su propiedad.

Durante años se buscaron las tijeras mágicas en todos los rincones. Y otros buscaban el tesoro del instrumento de viento. Nunca se hallaron, ni siquiera en los terrenos del cementerio, adonde llegaron los más lamidos de vaca.

—La verdad, lo que a muchos interesó fue el objeto encantado. Nadie se preocupó por el destino final y hasta misterioso de quien los hizo millonarios, al cortarles los cabellos o escuchar sus piezas musicales –replicó Martina en la tienda de las loterías sin premio, quien se molestaba con esos vecinos suyos, que eran pura apariencia e interés.

El alcalde Esteban Santa Rosa, por más malas pulgas que verdades, siempre dijo con voz baja que esos objetos dominados por los poderes del oro y la fantasía, como son el bombardino y las tijeras, están en manos del dueño de la farmacia La Cometa, don Anastasio Arroyo.

Lo que nadie dice es que Esteban Santa Rosa se va al mercado sin decir a nadie, para no agasajar a sus amistades. Para comer pasteles de carne de gato hechos por Martina y sus bolsillos están llenos de sortijas.

Esas maravillas de la noche

Conocer los lugares maravillosos de la noche era un tema que, con frecuencia, conversaba con entusiasmo el músico Emiliano Cebollas con sus alumnos de bombardino. Imaginaba el viejo maestro, que en algún lugar mágico detrás de las puertas, de las ciudades, de los planetas, vivían los genios que inspiraban las notas musicales.

—Siempre que escucho la Cantata Criolla del maestro Antonio Estévez, ese órgano imaginado en un templo antiguo me transporta, me eleva hacia la cima o misterios de la noche –dice ensimismado Emiliano Cebollas.

El poeta Antonio de los Altos, que de carpintería sabe mucho, se asomaba al jardín desde la ventana y veía que en los pozos de agua estaban unos seres diminutos, que llevan sobre sus hombros flores recién arrancadas. Unos caballos esperan.

—Maestro Emiliano Cebollas, ¿ha visto a esos hombres diminutos? –preguntó Antonio de los Altos con asombro, sin apartar la mirada del jardín.

—Toda la vida, desde hace más de cien años, vienen esos hombres al jardín.

—¿Ya los conocía?

—Siempre conversamos y nos contamos historias.

—Haberlo dicho antes, don Emiliano Cebollas.

—Si digo que aquí viven los seres que vienen del otro lado de la noche, los van a mirar y seguir con curiosidad.

—Exacto.

—No se trata de saber sobre ellos, sino descubrirlos en sus encantos, en sus poderes y dejarlos partir.

Elisa Reina se levantó de su silla y sacó de una caja de madera escarcha y perfumes, que dejó al lado de unas piedras. Elisa Reina también sabía de los hombres. Más allá estaban unas mujeres encantadas que construían barcos de papel y madera.

Esa noche, el maestro Emiliano Cebollas dijo que estaba muy cansado, por lo tanto iba a descansar. Antonio de los Altos y Elisa Reina se quedaron muy cerca. Unos minutos más tarde, se escuchó el sonido del bombardino y los diminutos hombres subieron al carruaje y fueron a buscar a Emiliano Cebollas, quien iría de viaje a dar conciertos al otro lado del jardín en la oscuridad, donde al parecer existen pueblos que nuestros sentidos no alcanzar a conocer.

Antonio de los Altos desde entonces se ha dedicado a conocer los sonidos del bombardino.

Elisa Reina sigue trayendo escarcha y perfumes al jardín, donde existe un mundo que pocas personas pueden apreciar.

Se cuenta en San Reinaldo de las Moras que aquel viaje del maestro Emiliano Cebollas fue su despedida de los reinos de la Tierra. Se mudó a un pequeño pueblo, adonde van los poetas.

Elisa Reina, una vez por semana, dedicaba unas horas a escribir cartas de amor para el viejo Emiliano Cebollas. Los hombres del jardín y las mujeres de las barcas, a cambio, le traían monedas de oro, que el músico le retribuía desde algún lugar de luna sobre las dos montañas encantadas. Antonio de los Altos escribió unas crónicas, dando a conocer la verdadera historia poética de Emiliano Cebollas.

La música del maestro Antonio Estévez se escucha y los alumnos de Emiliano Cebollas llevan la misión de escribir en el pentagrama himnos para recordar la obra del maestro que partió con los seres invisibles del jardín.

Anotaciones secretas con zumo de remolacha

Remolachas, repollos morados y la piel de los calabacines servían para ser triturados y sacarles el zumo, que se convertía en una tinta espesa. Emiliano Cebollas creía en la memoria histórica de su vida y, por lo tanto, la música que él escribía no la colocaba en un papel. Tallaba los pentagramas y las notas musicales sobre tablas. Con esos relieves y la tinta vegetal, imprimía sus anotaciones secretas y sus composiciones.

Es de no olvidar: cuando al maestro del bombardino se lo llevaron los fantasmas para siempre al otro lado de las noches poéticas, toda su obra en papel fue devorada por las gallinas y los ratones. Se salvaron las obras de los sonidos sobre madera y muy pocas páginas. Sus palabras eran breves, buscaban la poesía y el encantamiento, como lo podemos interpretar a continuación:

A. Anota tus vivencias en cuadernos y luego invita a las fantasías a escuchar tu voz.
B. Busca junto a ranas, gatos, búhos y serpientes los sonidos de los árboles y la lluvia.
C. Construye barcos de papel y viaja en las noches para escuchar el bombardino.
D. Descubre el corazón de las piedras, donde está el fuego y la música del cielo.
E. Escucha el paso de los ríos, la voz de los ancianos y ciegos. Escucha a tu corazón.

F. Frota tus manos en el fuego de la leña y luego ejecuta el bombardino hechizado.
G. Grita en las montañas y escucha el eco que trae los sonidos del alma y la poesía.
H. Higos, peras, manzanas y melocotones para obsequiar a la bruja de los cuentos.
I. Inventa aparatos donde puedan volar las notas musicales, los himnos y el viento.
J. Juega con la arena, los castillos de arena y sube a los árboles más altos.
K. Kilos, toneladas de arena para construir pirámides y elevarse con los dioses.
L. Lleva por el camino libros y, en la hora del reposo, entra a esos paisajes encantados.

El viejo Emiliano Cebollas también escribió cartas de amor y cuentos, que aun con letra borrosa y perdida por el zumo de las remolachas, se pueden leer. Allí dejó para siempre su vida sencilla y algunas historias que, al parecer, no pertenecen a la realidad.

En esa casa de bancos largos, donde leía Emiliano Cebollas, aparece la figura del músico fantasma. En noches de lluvia y tempestad, el fuego brota del bombardino y deja huellas en las piedras.

Esta es la historia del bombardino hechizado, en manos y recuerdos del querido Emiliano Cebollas.

Índice

Un libro-caleidoscopio, por Yanuva León	**9**
Emiliano Cebollas y su bombardino hechizado	**13**
Personajes y lugares de San Reinaldo de las Moras	**15**
Diez Mandamientos de Emiliano Cebollas	**21**
Abecedario de los Diez Mandamientos	**22**
Oferta de empleo para un músico	**24**
Vendo un bombardino antiguo	**26**
Un libro maravilloso	**28**
Las tijeras mágicas de Gualberto Cerezas	**32**
La serpiente en el bombardino	**35**
Luna de miel de Emiliano y Carlota	**37**
Emiliano Cebollas en el circo	**40**

Los caprichos de Jerónimo Amargos **43**
Los objetos convertidos en oro **45**
Invitados al palacio Piedras Blancas **48**
El misterioso profesor de Latín **50**
El regreso del bibliotecario **53**
El mago Boca de Lobo **55**
Simona Rosales **57**
Las maldiciones de Eulalia **60**
Mansión Luna Vieja **63**
El extravío del bombardino **66**
Los sueños de Miguel Perejil **69**
La sombra del gato **72**
El gato ladrón de músicos **74**
La casa del resplandor **77**

Las ocurrencias de Marcelino Montalbán **82**
En esos días de Noé **85**
Música a oscuras en el Arca de Noé **87**
Noé y Emiliano Cebollas **90**
Don Gualberto Cerezas y su baile mágico **92**
Una sortija en los pasteles de gato **96**
Esas maravillas de la noche **100**
Anotaciones secretas con zumo de remolacha **103**

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
EN EL MES DE MARZO DE 2015
GUARENAS - VENEZUELA
ESTA EDICIÓN CONSTA DE 5.000 EJEMPLARES

Cuento

El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas

"Energía de sortilegio bulle en las páginas de *El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas*, una historia que está confeccionada de retazos, un cuento largo cuyas partes respiran solas, y brincan, y dan vueltas alocadamente sin cabeza que las dirija, porque no se deja definir con rigor, es novela si usted quiere, o secuencia de cuentos si le place más y por ese mismo principio de rebelde picardía se deja leer por donde sea embestido, por la cola incluso si es que por allí fuese atrapado este libro-caleidoscopio."

Yanuva León

Hugo Colmenares (Táchira, 1950)

Periodista, poeta y escritor. Egresado de la Escuela de Comunicación Social, Universidad Central de Venezuela, UCV. Periodista durante veinte años en el diario *El Nacional*, donde mereció el premio Enrique Otero Vizcarrondo. Su novela breve *Los miedos de tía Altagracia* recibió el premio Bienal de Literatura Infantil y Juvenil de Cofae, Contraloría General de la República.

Néstor Melani (Táchira, 1954)

Escultor, ilustrador, pintor, retratista y vitralista. Ha participado en más de cien exposiciones colectivas e individuales. Realizó estudios en la Escola D' Arts i Oficios Llotja, Barcelona-España. Importantes instituciones culturales y galerías de América y Europa resguardan sus telas al óleo. En 2012 se le confiere el doctorado *honoris causa* de la Universidad Nacional Experimental de las Artes, Unearte, por su trayectoria como artista plástico.

9 789801 423973

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

PuebloVictorioso